

TEODOLINDA ELIGE POR ESPOSO AL DUQUE DE TURIN

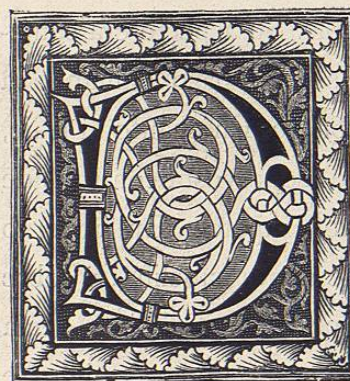
emigración de los pueblos, resonando en todas ellas el estrépito de las armas, de aquellas luchas titánicas que destruyeron un mundo decrepito á fin de abrir espacio para otro nuevo. Durante muchas generaciones, el espíritu popular conservó fielmente el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, trasmitiéndoles al arte épico de la época de los Hohenstauffen. Entonces las férreas imágenes se pintaron al estilo cristiano-romano, revistiéndose de un traje caballeresco; pero la naturaleza pagano-germana se mostraba siempre vigorosa bajo adorno romántico, y el que sabe leer estos antiguos cantos heróicos, oirá el murmullo del verde follaje de la selva virgen alemana, verá en el crepúsculo de los tiempos prehistóricos á los hijos de la tierra solicitar el amor de las semidiosas, y en la aurora preñada de tempestades, al despuntar la Edad media, corrientes de germanos armados precipitándose desde los Alpes al país hespérico para ejecutar la sentencia del destino pronunciada contra Roma.



LA CORTE DE CÁRLO-MAGNO

II

PERÍODO CARLOVINGIO



DESDE que la satisfacción de las necesidades que el tiempo trae consigo se convierte en una exigencia ineludible, y tan luego como las ideas que inauguran una nueva época han llegado paulatinamente á su madurez, suele surgir de entre los contemporáneos un hombre poderoso que reúne en sí las voluntades, las aspiraciones, las inclinaciones buenas ó malas, la avidez y la fuerza de todos; un gigante de mente creadora y mano fuerte, que desde luego reconoce lo que los demás sólo presienten con vaguedad; que con vigorosa energía emprende lo que sus iguales evitan con timidez; que maneja el hierro y el fuego allí donde los demás emplean remedios atemperantes; que concluye con lo pasado é inaugura lo porvenir, blandiendo con una mano la espada de la conquista é impeliendo con la otra el arado de la civilización; que á la vez martiriza y colma de beneficios á los hombres; que, déspota de la cultura, labra con mano enérgica el campo de

su época, sembrando pródigo en los surcos la semilla de una nueva civilización, pero abonándole sin vacilar con miles de cadáveres humanos. Varios rasgos característicos distinguen á tales hombres hijos del destino: su mirada penetrante, que abarca desde las cosas más grandes á las más pequeñas; su facultad de elevarse con la misma facilidad á lo más grandioso y sublime que de descender á lo más abyecto; su actividad infatigable en todos los asuntos, aún en los más insignificantes; el espíritu reflexivo y circunspecto, y la acción rápida como el rayo; la indiferencia moral ó más bien inmoral en la elección de los medios, allí donde se trata de grandes designios; el realismo severo en la clasificación, evaluación y empleo de hombres y cosas; una ciega confianza en los proyectos ideados, sin la cual no podría realizarse nada grande; y en fin, ese *no sé qué* misterioso, inexplicable y diabólico que existe en los elegidos, y que induce á los demás hombres á inclinarse ante ellos, de grado ó por fuerza.

Tal era el franco Cárlos, vástago de la casa de los Pipinos, á quien la fábula ha representado como uno de sus favoritos y designado la historia con el sobrenombre de «Grande» (Cárlo-Magno), muchas veces mal aplicado, pero en este caso bien merecido.

Cierto que su padre Pipino le había preparado convenientemente el terreno, sobre todo creando con sólidas bases y organizando en cuerpo compacto una nueva aristocracia, que puede llamarse burocrática, y que formaba contraste con la antigua nobleza alodial cada vez más rechazada. Pero sólo á contar del año 771 en que Cárlos, después de la muerte de su hermano Carloman, fué dueño absoluto del imperio de los francos, data una nueva época, que con razón se llama Carolingia en honor del gran soberano que la imprimió el tipo de su personalidad. Tenemos una imagen fiel de la persona de aquel hombre poderoso, no pintada, sino escrita por la experta mano de Eginardo, ministro de Obras públicas de Cárlos, según hoy le llamaríamos. Eginardo, de quien su célebre amigo, Harban Mauro, dijo después de su muerte que «era varón de palabra elocuente y morigeradas costumbres,» escribió en latín una historia de la vida de su señor, trazándonos en el capítulo 22 de su obra el retrato del gran monarca: «Cárlos, dice, era hombre de formas robustas y proporcionadas, de elevada aunque no desmedida estatura, pues medía siete veces la longitud de sus piés; la parte superior de su cabeza era redonda; los ojos muy grandes y vivaces; la nariz un poco más grande de lo regular; el cabello de hermoso color rubio, y el rostro de expresión alegre y afable. Su aspecto era sumamente majestuoso y digno, tanto sentado como de pié; andaba con seguro paso, llamando la atención por su continente varonil, y tenía un timbre de voz claro y sonoro. En cuanto al traje, vestía según costumbre del país: camisa y calzones interiores de hilo; sobrevesta con tiras de seda, y calzones; cubría sus piernas una especie de vendas y calzaba zapatos. En invierno abrigábase los hombros y el pecho con una chupa de piel de foca ó de marta cibelina; y sobre este traje poníase un manto de color verde mar. Su espada, siempre pendiente del cinto, tenía la empuñadura de oro ó de plata. En las solemnidades presentábase con un traje entretejido de oro y zapatos cubiertos de piedras preciosas; llevaba el manto sujeto con un broche de oro, y en la cabeza una diadema del mismo metal con piedras preciosas.»

No debemos ocuparnos de las batallas y conquistas de Cárlo-Magno: para nuestro fin basta recordar que se necesitaron muchos años y largas luchas para erigir el edificio que exageradamente se suele designar con el nombre de «monarquía universal Carolingia.» Esta se extendía

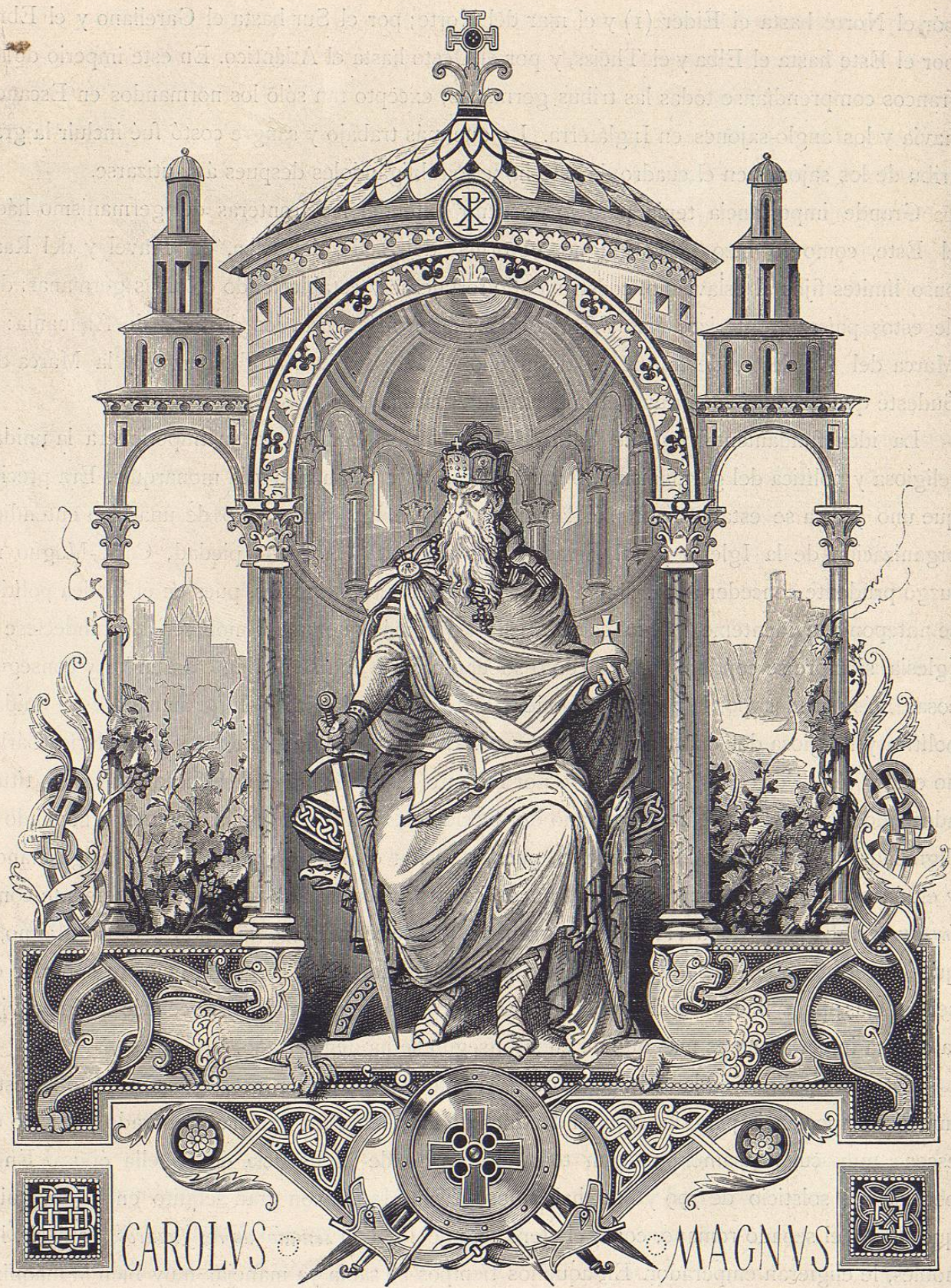
por el Norte hasta el Eider (1) y el mar del Norte; por el Sur hasta el Garellano y el Ebro; por el Este hasta el Elba y el Theiss, y por el Oeste hasta el Atlántico. En este imperio de los francos comprendíanse todas las tribus germanas, excepto tan sólo los normandos en Escandinavia y los anglo-sajones en Inglaterra. Lo que más trabajo y sangre costó fué incluir la gran tribu de los sajones en el cuadro de este imperio, obligándoles después á bautizarse.

Grande importancia tenía para lo porvenir extender las fronteras del germanismo hácia el Este, como lo hizo Cárlo-Magno. A orillas del Saale, del Elba, del Havel y del Raab puso límites fijos al eslavismo, construyendo fortalezas y estableciendo colonias germanas: dos de estos países fronterizos (las *Marcas*) decidieron más tarde los destinos de Alemania: la Marca del Nordeste, de la que se desarrolló el Estado de Brandenburgo, y la Marca del Sudeste que después constituyó el imperio de Austria.

La idea fundamental en que Cárlo-Magno basó el edificio de su imperio era la unidad religiosa y política del germanismo, ó mejor dicho, el cristianismo y la monarquía. Era preciso que uno y otra se establecieran sólidamente, y así se hizo por medio de una bien entendida organización de la Iglesia y del Estado; mas á pesar de toda su piedad, Cárlo-Magno no juzgó prudente conceder á la primera y al segundo derechos iguales, pues en él la idea política se antepone evidentemente á la eclesiástica; y por más que aquel monarca engrandeciese la Iglesia, siempre se condujo con ella como soberano. Pero aún se debían emprender y conseguir cosas más grandes por la unión del poder político y eclesiástico del germanismo: la unidad política y religiosa del cristianismo occidental. En el apogeo de su fuerza y su poderío, Cárlos no estaba lejos de conseguir este fin, y, por lo tanto, bien le cabía el derecho de tomar un título adecuado á su posición como soberano del Occidente, título que podía obtener renovando la dignidad imperial romana. Era preciso, pues, resucitar el *imperio* y trasferirle á los germanos, y entonces el gran monarca de los francos se proclamaría y coronaría solemnemente como *imperator*. El papa Leon III, que en gran manera necesitaba del auxilio de Cárlo-Magno, y que le prestaba obediencia, hubo de aceptar, por decirlo así, el cargo de maestro superior de ceremonias; pues la especie de que el papa causó viva sorpresa al rey al ceñirle de improviso la corona imperial, no es más que un cuento, según se ha demostrado.

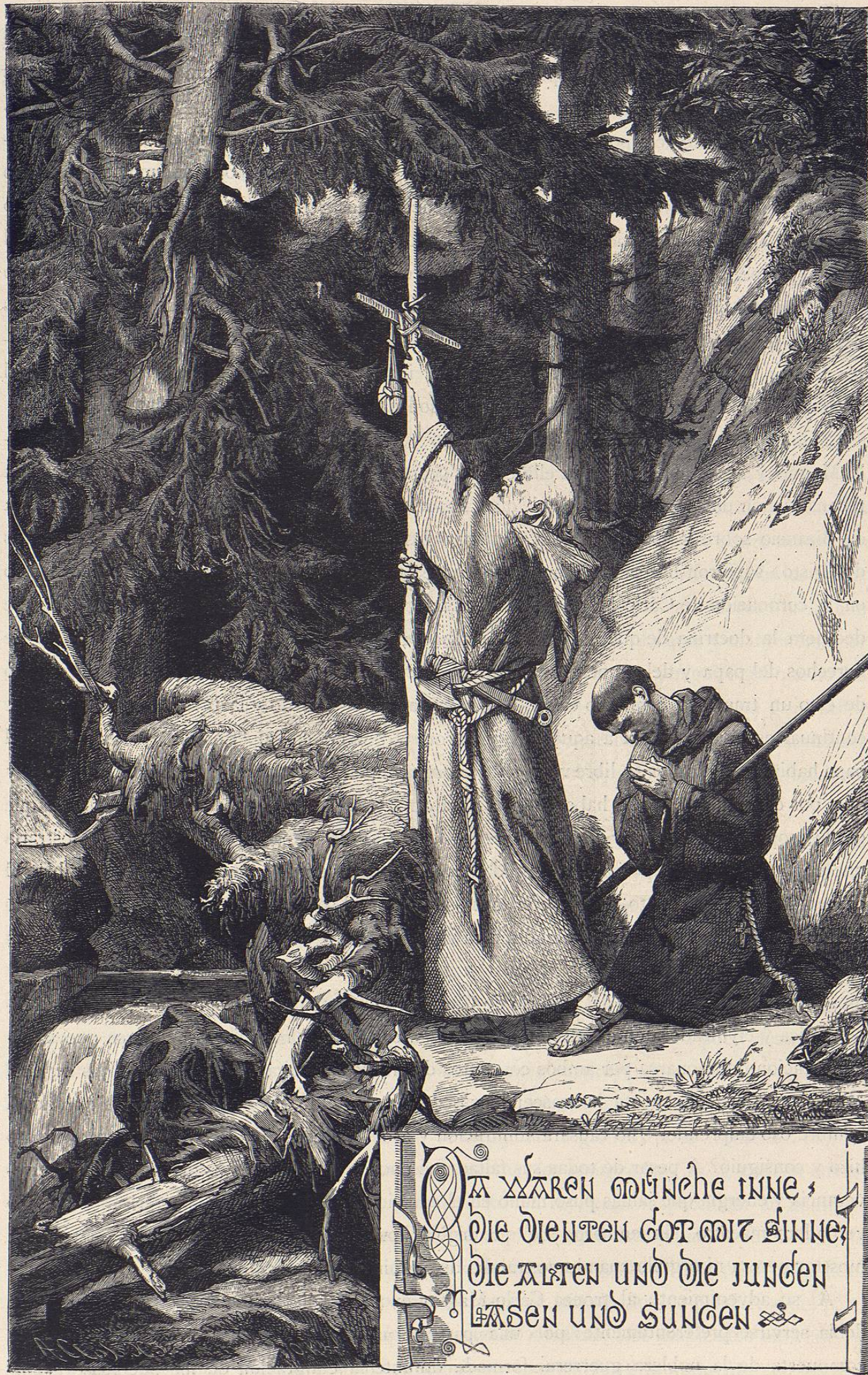
Este acto político de la coronación de Cárlos como emperador, acto que por cierto revestía inmensa importancia para los futuros destinos de los alemanes, habíase preparado y puesto en escena muy cuidadosamente, según todas las reglas de diplomacia de aquella época. En el período del solsticio de 799 y 800, hallándose Cárlo-Magno con gran séquito en Roma, quiso que, tanto el senado romano, como el clero, el pueblo, y el *senado de los francos*, es decir, los nobles, le eligieran emperador. En aquellos tiempos se sabía ya manejar muy bien la máquina electoral. Una gran asamblea de senadores (francos y romanos, obispos, abades y *el resto del pueblo cristiano*, según dice el antiguo cronista) eligió al rey de los francos emperador del reconstituido imperio romano; y el papa, obedeciendo después á la indicación convenida, entró en el desempeño de sus importantes funciones, de las que sus sucesores supieron sacar mucho partido, multiplicando sus enormes exigencias. Así como en todos tiempos, también entonces se sabía en Roma preparar á maravilla el aparato escénico para las ceremonias eclesiásticas,

(1) Río que forma la frontera entre los ducados de Schleswig y Holstein.



CÁRLO-MAGNO

habiéndose al efecto procurado que el día de Navidad asistiera gran concurso de espectadores á la Basílica de San Pedro. Cuando Cárlos estuvo arrodillado cerca del sepulcro del apóstol Leon III se acercó, á la cabeza de una solemne procesion, y ciñó la corona imperial á la cabeza del rey de los francos, que con fingida sorpresa intentó levantarse. Los grandes y los plebeyos, los sacerdotes y los legos, pusieronse en pié simultáneamente, y levantando las



DA WAREN ANNEHE INNE,
 DIE DIENEN GOT MIT SINNE,
 DIE ALTEN UND DIE JUNGEN
 LASSEN UND SUNDEN

LA FUNDACION DE SAN GALL